

Serenata en Agosto

Dedicado a Don Ceferino Sandoval, nacido en Curuzú Cuatiá

Introducción

Probablemente algunos no calcen muchos puntos acerca de las tonalidades y atributos de la geografía correntina. Sin embargo el labrador local conoce de buena tinta en qué períodos habrá de sembrar en almácigos húmedos, mullidos y fértiles: consecutivamente, al concluir su trabajo en cada cosecha el agricultor transmuta el panorama.

En este espacio las *brasitas* carmesíes sobrevuelan los maizales misteriosos en el intervalo de la siesta. Trasponen los charcos, lagunitas y riachos que colman de frescura los parajes. Agasajan los labrantíos y las huertas donde pululan minúsculos insectos. Sobre el verde esplendoroso y exuberante se arrebujan aves y animales de toda especie. Justo en la franja de ese horizonte, perpetuamente las reses pacen rumiando mansas en el sin fin de una translúcida intemperie.

Posiblemente alguien asombrado reflexione acerca de lo descriptivo de este escrito. Asumo una abstracción en cualidad de respuesta y expreso: “cuando un hombre no tiene otra fortuna más que sus tierras, sus experiencias, sus valoraciones, sus artículos; y las disfruta en un acto amoroso de regocijo ante la vida y la naturaleza ¿cómo no va a describir desenfrenadamente su suelo venerado? Cómo alcanzará el interés de sus semejantes hasta conseguir trasladarles con vocablos y estilo: el sabor del bollo recientemente horneado; la complacencia aterciopelada y los taninos marcantes del vino que prodiga en los paisanos alegres sacudidas picarescas después de ser bebido.

Cómo describir los aromas, las esencias inefables que la primavera propaga escandalosamente sobre estos dominios; cuando solidaria esparce primores que seducen los sentidos; el tacto, el habla, el olfato, el oído, el gusto y la vista. Si no fuera por cada uno de estos milagros que el hombre ostenta, verdaderamente sería peliagudo compartirlo”.

Curuzú Cuatiá (Cruz de Papel)

Sobre seguro resultaría imperioso reseñar con pormenores el galopar de las tropillas. Los amaneceres hendiendo la perspectiva “*curuzú cuateña*”. Desde el mediodía hasta el crepúsculo que transita hacia la noche aterciopelada y enfundada en estrellas; como un lento peregrinar de carretas. La brisa transponiendo los espejos de aguas alcanzando las copas de los árboles. Envolviendo en conjunto a los heterogéneos perfumes del campo. Aquí retamas y ceibos, más allá lapachos y paraísos dan entorno y coloraciones que se ensamblan entre sí. No pueden permanecer solitarios, retirados de sus cohabitantes; por eso se amarran los unos a los otros en un eslabón infinito de celestial subsistencia. No puede hallarse la calandria sin el chivato, la comadreja sin el nido; el panal de miel sin un insignificante entrometido. La fragancia encantadora y atrayente de las frutas maduras necesita del fresco, del chasquido del agua y de su trajinar entre las piedras para completar su preciosa pero efímera existencia. En tanto el agua se favorece por el aura y remolca su mineral oculto. A su paso roba el incienso característico que emana desde el jazmín y de la madreSelva; del mburucuyá, del aroma y del naranjo. Por momentos la brisa arranca estos efluvios, los mezcla, los impele y en el ambiente los esparce generosa. El néctar circunda otros bálsamos hasta llegar al pozo subterráneo, oscuro y rumoroso de un manantial.

Las larvas carcomen, desmenuzan las hojas, los pétalos marchitos. Toda la materia se desmiembra, se desencaja y se desvanece. La vida se prolonga revistiéndose de musgo, de requiebros de flores, de pámpanos, de hojuelas y de nuevas guaridas.

Existe el pez y el pescador. Se recubren de gamas las flores y engalanadas esperan algunas zanquitas o un aguijón. No reina el polen sin las abejas; la araña sin la oruga, o el barro sin los horneros. Tampoco puede descubrirse el acordeón o la guitarra sin una voz humana, sonora, melodiosa y expresiva.

La naturaleza es imperativa y se apresura al encuentro de lo insospechado, ¿Porqué el poeta habrá de esperar que la inspiración se tome un tiempo? El madrigal reclama ingenuamente de la improvisación del trovador. Este debe garrapatear resuelto porque las musas solo se presentan por instantes fugaces. Anhelan que el creador descorra el velo de su poesía y la concrete. Lo tientan a desbordar ardores del alma en caracteres atrevidos por encima de una hoja de papel. Apelan a su memoria, a su creatividad; le

dictan a sus sentidos que ordene a las manos temblorosas a esbozar las palabras más inusitadas. Entonces, como un brazo de río raudo, impulsadas por sus emociones como lo hace el pianista egregio sobre un teclado, las manos del lírico se abandonan y se transportan sutilmente sobre el borrador. Como las olas del mar, como las piedras que se despeñan hacia el abismo. Las oraciones dictadas emergen del alma del rimador quien al punto, extenuado ante tanta pureza, discretamente toma humana distancia y se acomoda a releer esos ensueños. Así sus pasiones conquistan el espacio a través del discurso. Un sin fin de sentimientos afloran desde la creación humana, como surge el agua desde un cántaro. ¿Cuál es la poesía, lo escrito o el hombre que escribe? El idioma es un sistema complejo que circunvala la realidad. El enunciado demanda de organizaciones semánticas difíciles de romper. En cambio las circunstancias es un todo, una superficie donde participan dinámicamente sensaciones, motivaciones, acciones y pensamientos.

Por eso, en el campo, todo está desde siempre celestialmente orquestado. Acompañado por silbos agoreros, por formidables chillidos entre los matorrales. En esta inconmensurable espesura y perspectiva poética se avista la simplicidad en el vuelo presuroso de un tero encolerizado y prevenido a disimular su alcoba. Dominando el mismo sitio donde redunda la pavora que provoca el montés y la serpiente. Con esta última fotografía, un viejo tractor se hace añicos desmigajando mendrugos de estiércol. Más allá se recorta la figura de un campesino lidiando con su arado tirado por un par de mulas. A su paso, sobre la tierra herida y desencajada en surcos se arremolinan nubes de pájaros de viso almendrado: petirrojos, loros, tijeretas, tordos, boyeros; sobrevolando y picoteando una infinidad de insectos succulentos. La semilla se deja llevar hasta la prieta cárcava y aguarda el aguacero. Esperanzada desea extenderse por encima donde el sol al fin la festeje y le confiera poderes ancestrales.

Desde lejos se aproxima un tren. La imagen es como un recuerdo definitivo que la memoria se obstina en retener. En el pasado formó parte de una Argentina distinta, increíblemente pujante y ya olvidada. Es uno de los más atractivos que se abre paso hasta la ciudad de Curuzú Cuatiá, en la provincia de Corrientes. Transita sobre la única y angosta vía férrea que comunica al pueblo con otros latifundios. Desde las ventanillas las paisanas y los forasteros prestan su atención a las caballadas, a los rancheríos con sus techos de paja y sus molinos. Desde el costado de las vallas algunos niños se abrazan al poste mayor para observar las ruedas chirriantes y ligeras del invasor. Los pasajeros les arrojan amistosamente, envolturas que contienen bollitos y galletas, frutas y *dulces de chala*. Algún niño,

arremangando su camisa no quita los ojos de aquel jinete frenético que a destajo relame la distancia. Un muchachito rubio de ojos celestes, da oídos al remoto resuello de la locomotora que viaja en pos de un paraíso probablemente ya perdido. Mientras, allá en lo alto, las nubes se acomodan precediendo el despiadado embate de la lluvia sobre los campos. El cielo emocionado se enfurece advirtiendo su enojo entre el celeste profundo, el ávido relámpago y el estupendo trueno.

Bernarda en el 1800

Como el paso del otoño al invierno, de la primavera al verano, el mes de octubre de 1877, progresa hacia la segunda semana. Bernarda de Sandoval, ha estado quejumbrosa por su vientre henchido. A uno se le parte el alma verla con su cintura que apenas resiste. Cada tren le parece un aviso, un suspiro, un advenimiento. Bernarda de Sandoval, es una mujer morena de pequeña estatura pero dinámica y de carácter fuerte como un roble. Ha criado otros retoños: Serapio, Dolores y uno que llega con el 12 de Octubre de 1877, Merenciano.

No sabemos por qué motivo el esposo de Bernarda, un español alto, delgado y taciturno ha estado atareado haciendo ovillos y atados. Siempre se ocupa en liar algún trasto. Una y otra vez acondiciona sus bártulos sobre un sulqui. Los cabellos rubios de este europeo se han fundido en el entrecejo de un criollo desacostumbrado a estas haciendas. Su talante manifiesta que siempre está embebido en sus propias reminiscencias.

En las inmediaciones del poblado de Curuzú Cuatiá, Provincia de Corrientes, cuna del *General Don José de San Martín*; Merenciano ya se ha establecido como varón del agro. Es un muchacho que ha iniciado sus obligaciones como letrado en cuestiones de jornaleros, arriada de tropas, esquilas y laboreos. Un veterano inglés de chivas níveas, le ha otorgado un encargo en su minúsculo feudo. Merenciano Sandoval, se comisionará en la arada y la recolección; en el arreo de los ganados que deambulan entre el arroyo Las Piedras, y el boscaje colindante.

El viejo anglosajón edificó su propia residencia con adobes formando una ancha habitación, techada a dos aguas. La misma no obstante el tiempo, perdura. “La he visto mientras en mis oídos resuena aún el resoplo del aire vibrando las aspas de un molino”. Es un ambiente amplio donde preserva el grano, el vino, y los aperos. Su silla de montar se sitúa junto a sus cacharros, cristalerías, porcelanas y vajillas de plata. El metal ha perdido el resplandor original que le proporcionara la orfebrería de sus comarcas británicas. Él también extraña sus territorios en el seno de Inglaterra. Sin lugar a dudas es muy difícil para este hombre acostumbrarse a esta América tan distinta, absoluta y vasta.

El inicio de un nuevo siglo se ha acercado. El flamante año 1900 aproxima nuevas expectativas y necesidad de cambios en todo el mundo. El británico piensa que, Merenciano, “*es de confianza*”, y casi madura en venderle su pequeña parcela a este mozo de veinte años rubio, de ojos azules, y trabajador perseverante. Finalmente lo hace. Merenciano adquiere

con sus ahorros esas superficies. Ahora mantiene dos haciendas. La propiedad donde viviera junto a sus padres, y la nueva finca frente al Regimiento Logístico cercano al pueblo de Curuzú, y por esas razones de la casualidad ambas posesiones a un costado del camino de hierro.

El inglés lo saluda por última vez con un varonil apretón de manos en tanto lamenta conocer tardíamente a la compañera de su admirable trabajador. Máxima Gómez, es joven, noble, sencilla y casi linda. Menuda pero algo enfermiza. Máxima y Merenciano ya han constituido una familia y se organizan para residir en su nueva chacra. Entre los días acalorados y la granizada nace su primera heredera, Sepriana. Con el paso de los años esta mujer se casaría con un italiano y se desvanecería de la vida de su familia. Se adentraría en el *Delta del Tigre*, en la jurisdicción de la Provincia de Buenos Aires, para no aparecer jamás. A veces su nombre asomaba en la recordación de sus familiares. “*En fin, ella lo quiso así*”-madurarían luego sus parientes-.

Máxima y Merenciano traerían otros hijos al mundo, tuvieron a Goyo. Posteriormente nacería Pablo, quien se convertiría en un hombre de campo. Seguido a Pablo, el 26 de Agosto de 1915, nacía Ceferino Sandoval.

“En Francia, ese mismo año una mujer paría a una niña que se convertiría en una artista increíble. Nació Edith Piaff, el gorrión de París. En Europa la primera guerra del 14 ya había trazado una horrible cicatriz y una amargura que durará por años en la memoria de muchos a través de la historia”.

Nacimiento de Ceferino

Aquel amanecer del 26 de agosto de 1915, Máxima, también habrá oído el resoplo de alguna locomotora y su pesado arrastre. Hacía calor. Prontamente se avecinaría la tormenta de Santa Rosa. En la primavera incipiente la tierra reseca y ardiente aguardaba resuelta el golpeteo bendito de las gotas de lluvia, fresca y transparente. En algún lugar de la casa, Máxima encendía una candelilla a *San Ceferino* porque el 26 de Agosto es el día de este santo. Por ese motivo Máxima Gómez y Merenciano Sandoval, escogieron ese nombre para su nuevo hijo, pero a diferencia del Lirio de las Pampas, Ceferino tendría cabellos rubios como su padre y ojos celestes como su cielo correntino. Ahora ya se asombraba ante la prodigiosa luz que iluminaba sus heredades, lo embargaban sus vapores y sus gorjeos; y al absorber el primer respiro, lloró; *“como lloriqueaba, a veces, de ocurrente que era mientras nos hacía reír. Es curioso que ese recuerdo hoy nos provoque algunas lágrimas”*.

Apenas dibujaban sus manos pequeños arabescos en el aire, daba la idea que sí tendría uñas de guitarrero, y por cómo sollozaba, seguramente saldría cantor.

Sin saberlo entonces él siquiera, que hoy algún semblante de su mirada, estará en sus hijos y nietos, desperdigados por el mundo. Un mundo que ha sido sagrado y estimado por él.

Cuando Ceferino contaba con cinco años, llegó a conocer a su abuelo paterno. Nunca recordó su nombre. Una vez lo vio acomodando aparejos en una volanta que después entre zarandeos y resonancias de cencerros, lo acarrearían hasta el caserío de Curuzú Cuatiá, desde allí hasta un tren. Este español de gran esbeltez, engalanado con bombachas blancas de gaucho, con un cinto adornado con monedas de plata en la cintura, luciendo una boina vasca en su cabeza, y pañuelo al cuello, quizá pasaría con aquel tren por el costado de la que fuera su propia finca. Su destino era el ancladero de Buenos Aires. Esa fue la última imagen que Ceferino tuvo de aquel hombre. Supo luego que su abuelo había elegido repatriarse a su estancia española dejando esta tierra argentina. Seguramente, el hombre volvió a sus viejos apegos dejando su simiente en estas heredades tan apartadas. Algún buque navegó las admirables aguas del Atlántico, dejó atrás una huella de vida, y finalmente aquél vapor lo restituyó al puerto de Cádiz o, probablemente a las pintorescas riberas de Vigo en la Provincia de Galicia. “En diciembre del año 2008, después de haber visitado España en distintas oportunidades, he viajado desde el pueblo de Lalín, pasando por Santiago

de Compostela, llegando hasta A Coruña. He visto esas colinas verdes entre el grisáceo de sus piedras. Me han extasiado sus pinares, sus picos, sus prodigios. Mis ojos no han ahorrado distancia en recorrerla, pensando en aquél hombre quien nos legó su vida”.

“Conjeturo un navío en altamar. Abalanzándose resuelto en el océano. Vigilado por constelaciones centelleantes y por soles ardientes. Sus velas arriadas y el cordaje asegurando bártulos y aparejos. Me asomo curiosamente y casi presumo distinguir unos cientos de compatriotas taciturnos. Imagino un mascarón de proa escoltado por gaviotas transatlánticas acortando distancias. Resistiendo vientos y mareas. Rompiendo burbujeos en su viaje. Dejando estelas irrepetibles de espumas y abriéndose paso entre las crestas impetuosas”.

Me he deslumbrado sintiéndome inmerso en la omnipotente armonía del paisaje. Empapado en la acuarela de sus tintas que tiñen e incendian resplandores de luces entre las sombras de sus arboladas. Me he sentido hechizado observando como si estuviera ante un cuadro, que asemeja un lienzo esmeralda donde en todo momento equilibra sonidos, arrullos, estruendos que se atenúan y eternizan cuando rozan la arena. El bravío mar susurra y brama cuando furioso arremete sus ondas contra las peñas y las playas. En A Coruña, las riberas del Riazor, me han embargado los sentidos. Pero solo con un pensamiento figurado. Llegar hasta el mismo litoral donde fondeara el barco del abuelo quien no volvió jamás a nuestra Reina del Plata. Que regresó al mismo embarcadero que lo había visto partir. Retornó a sus comarcas, como otros españoles que renunciaran de este hermoso país que por un breve tiempo los cobijara.

Ceferino se crió junto a sus hermanos, con Bernarda de Sandoval, su abuela; Máxima Gómez, su madre; y Merenciano Sandoval, su padre.

Entonces ya se había cimentado el nuevo siglo y corría el año 1920. La decisión de este español nos aportó cierta inquietud, ¿cómo lo habrá sufrido Merenciano, y su familia cuando su padre los dejó? ¿Habrà vuelto a España sólo de visita pero nunca más pudo retornar? Para esa época Merenciano ya era un hombre de cuarenta años. Estas reflexiones de sobremesa nos incursionaban a esos períodos. Junto a mi hermana Ana María, entrelazábamos hilvanes de recuerdos y posibles ubicaciones. Coordenadas y perfiles característicos que nos hayan quedado en la memoria de lo que nos refirieran nuestros padres y de las cuales no nos desprenderemos jamás. Porque son parte de la vida y de nuestras motivaciones. Espontáneas, honestas y perdurables. Son los caminos que

nos han esbozado hasta el aquí y ahora de nuestra edad. Son los bálsamos que aromatizaran nuestra inocencia. Están escritos en nuestros ojos y manos y amigablemente anhelamos darlas a conocer o simplemente regalarlas al espacio abierto; como quien libera pájaros en la anchura de la bóveda celeste. Cada palabra es un gracias, cada término un nuevo principio. Cada expresión verbal un motivo incomparable y apreciado. Sin darnos cuentas concluíamos el café. La tarea de correr el mantel y los utensilios traían entre la conversación, nuevos dichos y estremecimientos. Así pasó la vida, serena y por supuesto dolorida por las irremediables pérdidas. Pero como la vida es sabia hay y habrá nuevas voces y otros encuentros. Nacientes melodías, sonrisas y silencios. Pero esto quedará impreso para siempre atrapado en estas plegarias y grafías que la inspiración me aviva y me obliga a desbordar.



Recorriendo “La Coruña”, frente al Riazaor. Tierra de nuestro bis abuelo paterno.

La chacra

En la actualidad la chacra está en poder de la señorita Gladis Sosa, hija de José Sosa y de Juana Gómez, ésta última es hija de Pablo Gómez, que tomara el apellido de Máxima Gómez. Pablo Gómez es hermano de Ceferino Sandoval, quien lleva el apellido paterno. Resulta que cuando Pablo nació y debió ser reconocido ante el Juez de Paz, Merenciano Sandoval, estaba muy lejos dedicado a sus quehaceres y sus manadas. Entonces a Pablo le adjudicaron el apellido materno.

Ambos hermanos se estimaban y respetaban recíprocamente. Pablo, definitivamente había vendido las parcelas que estaban camino a los campos de Suburu, y había comprado la chacra de sus padres, la misma que adquirieran del viejo anglosajón; no sin antes remitirle algún dinero a cada uno de sus hermanos.

En la chacra de Pablo Gómez, una tranquera grande se abre para recibir al conocido. Desde la humilde estancia los perros amistosos prorrumpen al tropiezo del visitante. Desde la empalizada en dirección a las vías del tren, a escasos metros, al lado del cercado hay una cruz de hierro muy antigua. “Según describen; una noche dos hombres se batieron a duelo por el amor de una moza. La pareja volvía después de una noche de farra. Caminaban por el polvoriento callejón cuando el traicionado sorprendió a su rival. A cuchillo se disputaron aquel amor, irreparable. Las rastreras multicolores se encargaron de revestir el sitio donde uno de los gauchos quedara allí tendido, enamorado y desguarnecido. Algunos claveles escarlatas florecieron por su pecho, mientras la luz de sus ojos se apagaba entre la enramada a la hora exacta en que la aurora extinguía el albo refulgente del lucero”.

El establecimiento está enclavado justo a la vera de las vías desmanteladas del tren que otrora llegara a la Estación de Curuzú Cuatiá. La estación se arrima al cruce de la Avenida Sarmiento.

Esas vías dividen la granja de los terrenos sembrados de escombros que quedaran del regimiento militar logístico. Desde ese cruce del ferrocarril, se avista un rancho espacioso de techumbre rojiza. La tranquera y el molino permanecen igual. Desde esa intersección y siguiendo por la relegada trocha, camino a las aradas de la familia Suburu; siempre yendo sobre los rieles, atravesando los durmientes y su pedrada, hay que pasar a la derecha de las huertas de la familia Telaina. Siguiendo la senda del tren hasta un

cruzamiento con un callejón que desde las vías, parte en oblicuas. El antiguo camino se aparta de las vías. Hay que continuar circulando una hora más por las herrumbres de la vía férrea. Después de considerable trajinar, uno tropieza con una alcantarilla de argamasa. Hay que sobrepasarlo y continuar andando hasta acertar con otro puentecito considerablemente diminuto.

Las vías inermes existen hasta el día de hoy. Como incontables rieles férreos abandonados que atraviesan nuestra Nación. En realidad la familia de Merenciano y Máxima, no tuvieron buenas posibilidades económicas. La vida pasó por esas latitudes como pasa un estío.

La parcela de la familia Sandoval fue vendida por Pablo Gómez a otros dueños, pero hasta el año 2005 sin embargo, se perpetuaba una intrascendente hendidura. Una cicatriz en el potrero dejaba imaginar cómo podía haber estado cimentada la casa. En esa alquería Merenciano había dispuesto de un almacén de ramos generales. Desde el pueblo acarrea comestibles y los mercadeaba para poder subsistir. Un sin número de productos conformaban el patrimonio de su pequeño establecimiento; leche, embutidos; butifarras, grasa; quesos, granos; harina y bebidas.

Retomando el hilo que nos une a la chacra frente al regimiento, en poder de los hijos de Pablo, quedó una balancita herrumbrada en un rincón del antiguo aposento del viejo inglés.

El sol en diciembre recalienta las sienes y uno debe resguardarse bajo los jacarandaes y los paraísos. La vista no se satura ante tanta excelencia de pigmentos y reflejos del día, y se le antoja rebasar más allá, en donde el pasaderito de hormigón sostiene un poco los pesados rieles. Debajo de ese puentecito un chorrillo de agua moja el pedregullo y se adentra a la finca. La aguada mansa se deja resbalar hacia abajo y solo se atiborrará durante las inclemencias.

Enfilando hacia los campos de Suburu, y opuesto a la dirección de los Telaina, está esa parcela agreste. Los alambrados besaban casi el avieso tren. El arroyito prepotente escinde la propiedad. Pretensioso desea recordar a un aprendiz de río, al Manzanares que bordea Madrid. Esa ciudad que un poeta la caracterizara de *“mucho ojo para tan poca lágrima”*, exponiendo ese río europeo como ejemplo; y parecido a este reguerito correntino que nos obliga a ahuyentarnos de la morriña de aquellos tiempos y de los campos que habitaran la criolla Bernarda y el hispánico Sandoval, en Curuzú Cuatiá, provincia de Corrientes.

La niñez

Cuando Ceferino contaba la edad de nueve años su madre Máxima, dejó este mundo. Él junto a sus hermanos quedaron huérfanos de madre. Su infancia transcurrió andando el campito a un costado de las vías. Merenciano, saldría en busca de otra esposa. De ese matrimonio nacerían Genara, Cecilia y Pedro.

Una tarde mientras Pablo, trabajaba laboriosamente en la amplia huerta, Ceferino, inocente removía con sus manos las pequeñas briznas de hierba que arrebatava del sembrado. Su mano izquierda se aproximaba al acero de la pala que sostenía su hermano Pablo, quien sin querer, asestó un certero corte al dedo índice del pequeño Ceferino. Durante la adolescencia y en su juventud no le impediría rasguear la guitarra. Pasados los años también provocaba la curiosidad en cada uno de sus nietos cuando descubrían su dedo índice incompleto.

Así fue que se formó resero, lechero, cazador de vizcachas, entendido en caballos y herrerías. El sembradío y la recolección de papas, batatas y maíz no era sólo tarea de hombres, sino también de niños como él. Sus juguetes eran la piedritas que manoteaban de a una, de a dos y de a tres. Admiraba a sus hermanos más grandes quienes podían tomar de un manotazo hasta cinco chinitas. En cambio él, permanecía horas procurando una y otra vez pero no pasaba de tres piedritas. No jugaban a las bolitas, las bolitas eran para los niños ricos. Solo a veces, en algunas fiestas su padre abría una botella de *Chinchibira*, una bebida dulce que entonces como premio traía una bolita que los ojos pequeños buscaban afanosamente y que verían caer en el jarro hasta tenerla por fin entre las manos. Una canica no era lo mismo que una piedra, era un premio para saborearlo con todos los sentidos. ¡Qué ingenio ocurrente del creador de la *Chinchibira*, y la bolita encerrada en la botella para ser rescatada entre el sabor del jugo! No, no poseía juguetes, solo sus perros, su caballo, su arroyuelo a veces tortuoso por las correntadas, sus correrías entre vacas y terneros.

Su padre solía llevarlo a repartir leche por todo el caserío de Curuzú Cuatiá. Ceferino y sus hermanos debían levantarse al amanecer con escarcha, con lluvia, con sequía; en invierno o en verano.

Nunca fue a una escuela, no tuvo esa oportunidad, entonces no sabía leer ni escribir, pero se suspendía desde esos ojos celestes cielo con los prodigios de esa provincia en la que le tocó nacer.

Tenía doce años más o menos, cuando su padre lo envió al poblado a buscar alimentos. Un furioso vendaval había franqueado recientemente esos campos devorando la siembra. Los hilos serpenteantes de agua desahogaban en el riacho que ahora irascible desfilaba intempestivamente hacia otras vertientes. El camino era conocido para él, debían atravesar el monte de eucaliptos y los plátanos, luego evitar los espinillos y llegando a las piedras atravesar El Paso.

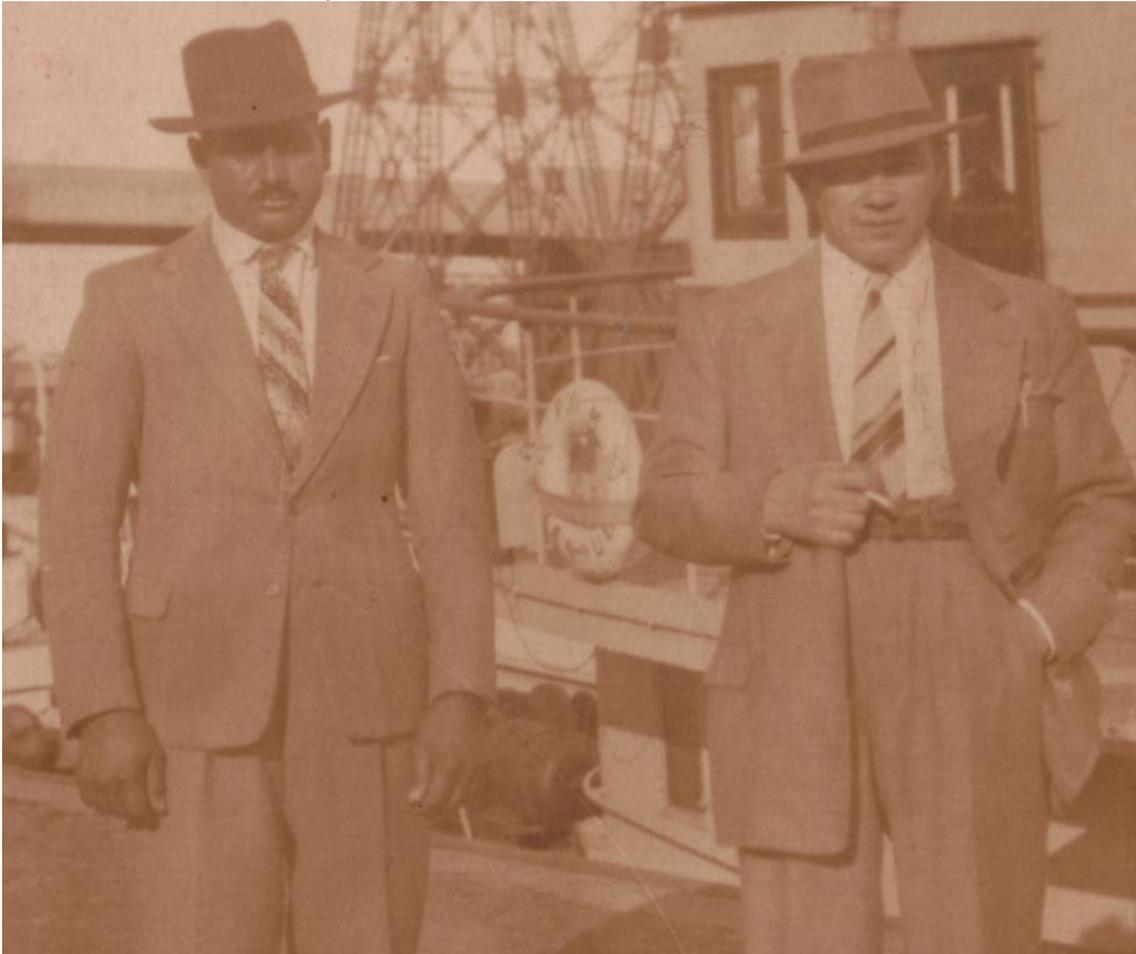
El Paso era el nombre de aquel arroyo ahora convertido en río. Ceferino taloneó al animal, un petiso bravo quien se resistía a ingresar en el afluente. Muchachito e inexperto insistió en talonear al bruto. El caballito forzosamente apaleaba el encrespado termal que ya le llegaba hasta las verijas. Se dio cuenta que ya no tenía chance para salir. Comenzaron a ser remolcados por el torrente. Ceferino pensó que había llegado su fin, su hora de morir. Su pequeña y reciente vida sería quitada por las aguas de un arroyuelo descarriado e insolente. No era baqueano todavía, pero no se iba a dejar arrastrar así nomás. Su inteligencia infantil le dictó desajustar los pertrechos que fastidiaban al animal y sujetándose de sus crines y pescuezo lo dejó libre en su hacer. El corcel lidió a pesar del agua arrebatada y, Ceferino, sin lamentos siquiera, mientras chorreaba líquidos sus cabellos, sintió la dureza de las espigas y camalotes que lo rozaban raudamente a su paso. Vió pasar sus calchas y aparejos que se perdieron río abajo, para siempre. El caballo temeroso y temerario llegó a sostenerse ligeramente en el terreno y protegido por unos matorrales, lentamente con un andar cauteloso emergió del tan mal trance en la otra orilla. Agotados hombrecito y caballo quedaron a la vera del río que por momentos les pareció su cuna de muerte. Con el paso de las horas y al no volver a su casa, Merenciano salió en su búsqueda pero Ceferino y su petiso ya estaban a salvo.

Buenos Aires

Un tranvía circula vertiginosamente con destino hacia el centro. Es el 22 que desde Quilmes se entromete en la ciudad. Se obstina en cruzar el riachuelo en dirección al Correo Central. A veces se entrecruza con otros vehículos de gran porte denominados trolebuses. Contraponiéndose a este último, el 22 recorre pesadamente las arterias desvencijándose por encima de la desigualdad del empedrado. En el viajan jóvenes y viejos. Disputándose el próximo encuentro de fútbol. Un canillita ventila sus noticias a los cuatro vientos; en tanto a pocos metros en una garita un vigilante da señales a un lado y a otro de la avenida. Un grupito de mujeres coquetas como pavos reales, se detiene y curiosoan sorprendidas entre las vidrieras de los cambalaches. La moda ya más atrevida permitirá ver los encantos femeninos casi arriba de las pantorrillas. Se sonrojan mientras muestran sus sombreros y ajuares. En tanto otras un poco más humildes, caminan lentamente arrastrando bolsas de ropa que han fregado por dos o tres monedas. Dos hombres se detienen frente al Salón Verdi, caminan por la “Avenida Almirante Brown” y en dirección al “Puente de La Boca”.



Retamar y Ceferino Sandoval - Puente de la Boca -



El hombre rubio de traje de lino, de sombrero, con una mano en los bolsillos sonríe levemente. Más tarde frente a un puesto de diarios, se detiene ante a la portada que muestra “Crítica”. Independiente es el cuadro prometedor. Él no es fanático pero sí simpatizante de este equipo de Avellaneda. El color rojo le representa al seibo de sus campos, y a los labios de las hermosas mujeres que mira sin ningún reparo. El gentío es cuantioso. Los sabores se mezclan entre el verdeo, las frutas, y el azahar de las panaderías. Algunos perros deambulan de un lado a otro buscando el resguardo ante un poco de frío. En una esquina que todavía perdura en la nostalgia, una casa de música deja oír una ranchera. Las risas se confunden y agregan sonido al colorido del paisaje en esta parte de la ciudad. La conversación del tano se mezcla con el gallego, y así unos y otros inventan una manera de comunicarse. “La Aryentina é *furba*, e bella”, “pero no es mi terruño”.

El hombre apuesto vestido de traje y sombrero, junto a otro muchacho también elegante, posan para una fotografía. De fondo la ciudad de Buenos Aires, cuando el aire era más puro. El riachuelo de La Boca; poblada de italianos, turcos, alemanes, judíos y tantos otros inmigrantes

que rebasaban a diario nuestras dársenas. Desde la fotografía, detrás de los hombres el portentoso puente Nicolás Avellaneda, ó puente de La Boca parece aún respaldarlos del tiempo.



Oscar Sandoval Martínez

Los hombres se desempeñan en *El Anglo*. Ceferino Sandoval, ya tenía 24 años aproximadamente. Junto a este compañero de la foto y cuyo apellido creo era Retamar, alquilaban una modesta habitación en el barrio de La Boca, por la calle *Carlos F. Melo*, aproximadamente al 400 de esta arteria.

En El Anglo, trabajaban muchas personas. Tanto hombres como mujeres se aglomeraban en los tranvías, y desde las amanecidas llegaban a cumplir sus obligaciones. Hombres quienes portaban cuchillo en la cintura; rudos, fuertes. Mujeres acostumbradas a una vida ardua; en otra Argentina también difícil para subsistir.

Como su denominación lo indica, el Frigorífico El Anglo, estaba conducido por ingleses. La toma del personal se efectuaba sencillamente a ojo, se elegía a dedo. Ceferino, siempre recordaba que frente a las puertas de acceso de este Frigorífico, se amontonaban miles de almas en busca de trabajo. Un puñado de gringos acicalados y de pocas pulgas, elegían al azar entre la muchedumbre gesticulando todo el tiempo y vociferando en un español balbuceante. -¡A ver usted, a cocción!- ¡Usted, a matarifes!- - ¡Aquella otra, a Envasado!-. Así se sucedían jornadas tras jornadas, a veces de doce o catorce horas de labor para llevarse algunos pesos por quincena o cada fin de mes.

Ceferino prestaba servicio en el sector de cocción, solía contar que por las tuberías de hierro forjado destilaba el insufrible calor, hasta llegar a los cincuenta grados. Durante todo el día, las personas desmayadas eran socorridas, y eran reemplazadas por otras. Los Sindicatos estaban en un período emergente. Las corporaciones obreras eran mínimas. No había tiempo de vacaciones para el trabajador. Era una época de oprobio y de miseria. Era una multitud explotada por mezquinos de turno.

Mujeres que caían al piso -como moscas-, hombres agotados. Ahí se producía el picadillo. Toda la carne como la traían desde los mataderos iba a parar a una gran marmita para ser cocidas rebosada de adobas. Luego era dirigida al sector de Envasado. En la sección de conserva también era duro, las bajas temperaturas produjeron estragos en la salud de esas personas. Vivían con temperaturas bajo cero todo el día, y toda la noche. Después, toda la mercadería producida se enviaba al exterior en grandes barcos.

No gobernaba un presidente que, en buena hora, distribuyera planes de trabajo para nadie. Los hombres conquistaban su salario con sudor y esfuerzo. Tampoco era bueno porque la explotación estaba presente en todos los ámbitos de los trabajadores. Los hombres y las mujeres debían buscárselas reciamente para subsistir.

Las huertas florecían en cada barrio, en cada hogar humilde o acomodado. Los estratos escalafonarios en el ámbito laboral eran medianamente respetados y ensalzados. Era otra Argentina de trabajo severo y paciente. A pesar de ello, Ceferino Sandoval mantenía una conducta. Trataba a todos sus superiores con altísimo respeto. También se hacía respetar. Toda su vida mantuvo su misma condición.

En Europa, el espejo reflejaba cómo la hostilidad estrujaba sus fauces y tributaba hambre e indigencia. Hacía escuela temible en estas latitudes. La eterna estrechez de todo tipo amedrentaba a los hombres y mujeres del mundo. De una manera u otra. Desde el dineral y la opulencia cicatera hasta la destemplanza de la despótica y atroz privación. La beligerancia aguijoneaba a los hombres de diferentes razas y nacionalidades. Los empujaba al estiércol y a las penurias más inconcebibles e imbéciles de la inhumanidad. Por todas partes las muertes se sucedían, “como transcurre ahora”. No existe nadie que pueda rescindir la barbarie de la muerte. La muerte de todo tipo y color, ya sea en el nombre de Dios o del dinero. Desde los cuatro puntos cardinales el hombre necio, ignorante y mediocre de todos los tiempos exige la muerte de otros para poder permanecer en su avarienta y corta estadía en este mundo. Precisa del dinero para seguir aniquilando y ocupando espacios que no le pertenecen. Necesita de la pobreza de los pueblos para continuar enriqueciéndose en su efímero y roñoso período de vida. Largas generaciones de estos hombres y mujeres soberbios, mal vivientes de todo estrato social, continúan aporreando la vida y la muerte de otros prójimos en pos de una vida mejor para sí mismos. ¿Quién trazaría tan increíble paradoja? Matar para vivir. Morir por nada, solo por alguien a quien se le ocurre apretar el gatillo tan fácilmente. No importa si representa a alguna institución o sólo se trate de uno más del montón. Argentina era uno de los países exportadores de carne envasada. “Picadillos, Paté de Foie grassé, Corned Beff”. Vaya simetría en la composición y comparación de esta oración tan descriptiva.

La barbarie

Ceferino supo vivir la semana trágica, y cuando un grupo de obreros del matarife se sumaron en lucha por las condiciones en las que les tocaba trabajar. Vivieron huelgas, de hasta cuarenta días. Sin un cobre en el bolsillo, sin un alimento para llevar al estómago.

En “La Boca”, todos se conocían, tanto el bueno como el malo. Ceferino, compartía momentos con todos, pero siempre se apartaba de lo malo. Esta no era su condición o preferencia.

Un grupo de muchachos, de hombres prisioneros de la hambruna residían en un conventillo, donde el griterío y el llanto de las criaturas afloraban al instante. Donde las ventanas se cerraban fuertemente a la hora de los quejidos amorosos, o de las contiendas. En estos conventillos, también sus patios se colmaban de resonancias de bandoneones y de contento por el advenimiento de las nochebuenas.

La dura huelga golpeaba los hogares de los trabajadores. Las calles de esta capital y de los suburbios, soportaban un invierno riguroso y lacerante. La escasez se posaba sobre las viviendas humildes de esta Argentina en aquel período potencialmente estropeada. Porque la gente en el interior de nuestra patria no se beneficiaba de un sustento justo y soberano. Desde el interior del país los pobladores fueron atraídos hacia las grandes urbes en busca de un mañana prometido. Así se propagaron las villas de emergencia: de perenne, dominante y todavía actual emergencia.

“Entonces los politiqueros argüían que el futuro sería excelente, y como resultante de aquella entelequia, me animo a recapacitar que hoy estamos inmersos en ese espejismo del pasado; y lo que vivimos en el presente es: aquella delirada panacea, el gran festín y la abundancia que nos prometieron esos burócratas infelices quienes desde un lado y otro del planeta, pasada la guadaña, ya partieron”.

La lucha

Cuando su padre hubo muerto, asumió Ceferino una responsabilidad muy pesada sobre sus espaldas. Con sus escasos dieciocho años se hizo cargo de sus hermanos menores. Privados del regazo y el sostén de sus progenitores, la escasez los hostigaba y él debió atarearse duramente para alimentarlos. Por ellos estaba dispuesto a salir en busca de un jornal. Siendo tan joven tomó la decisión de repetir los caminos que su padre recorriera con las grandes tropillas. Algunos estancieros ricos lo solicitaban por ser él un muchacho trabajador. Muchos le arrimaron el hombro porque lo estimaban. Así era él; se hacía querer y respetar. Cabalgaba alternando a sus caballos. Algún perro lo acompañaba. Vadeó arroyos y riachos. Traspasó montes y escuchó leyendas de apariciones añejas. Debía afrontar el miedo y la borrasca. Por esos senderos polvorientos, salvando perezosamente barrizales y cañadas amansó bestias hurañas. Domó caballos ariscos; también taló macizos en las estancias del Chaco. Buscando la experiencia de trabajo en las cosechas para subsistir en ese litoral correntino y chaqueño; así forjó su vida, como la rudeza del quebracho, como la sólida roca que el viento esculpe implacable. Asido a esas riendas que él mismo forjara, y que formaran callosidades en sus manos.

En sus memorias, Ceferino Sandoval, se sujetó por siempre con las bridas ásperas a esa vida campesina, a esas latitudes y a aquellos períodos. De vez en cuando retro trayéndose en sus remembranzas nos recapitulaba sus vivencias. De niños, nosotros sus hijos, nos sentábamos a escuchar. Al lado de la cocinita económica que dejara crujir el crepitar del fuego quedábamos embelesados oyendo sus narraciones en torno a la mesa. Inolvidables e indelebles instantes que hoy aprueban a mi persona, ser prodigados desprejuiciadamente y en el instante exacto en que improviso este relato.

Una vez necesitaba saborear pan, no tenía monedas, no podía comprarlos. Apenas hacía bulto en su alforja sencilla, un poco de yerba, polenta, harina y grasa. En su camino arreando las tropillas, solo los pastos duros, el excremento animal y la polvareda acompañaban su mansedumbre. Los caranchos eran sus compañeros de senda, sabían esperar su oportunidad, quizá en su camino él dejara de moverse.

Ceferino, se apeó del caballo, se apostó al lado de un arroyito. Tomó un puñado de harina y la amasó con agua y grasa dentro de su sombrero. Picó unas ramas secas, hizo fuego y pudo saborear ese pancito sagrado. Estas retentivas nunca las contó con amargura, sino con las palabras que afloran

de la sabiduría. Esa es la diferencia. Ceferino, jamás sintió envidia por aquellos que tuvieran la suerte de la fortuna y la abundancia. Fue un hombre que irradiaba confianza en los demás. Siempre feliz y contento. Siempre pensando en un mañana más prometedor. Nunca se lo vio abatido y desesperanzado, jamás.

Para algunos hombres, la riqueza no transita en absoluto por la tristeza. Por eso intento entre lo descriptivo de este relato dejarles a ustedes una idea del pensamiento y los valores adquiridos por este hombre. Para él, la riqueza consistía también en aprender desde niño, y como seres pensantes a distinguir y considerar entre lo bueno y lo malo. Como individuos íntegros, decía, tenemos que aprender a amasar nuestro pan con la humildad y la dignidad que nos dicte nuestra conducta interna y nuestro modo de pensar.

Aquella hogaza se elaboró en el sombrero de Ceferino. Una vez más trazo una simetría entre el sombrero, los sueños del hombre y el pan como alimento. El sombrero estaba predestinado a resguardar su cabeza, y esta a sus ilusiones de perseverar en la vida aferrado a sus afectos. El pan amasado en el cóncavo al fin concedía vigor a su organismo. El ardor de su juventud le imponía reconquistar y robustecer su voluntad. A través del trabajo y la virtud de alcanzar por sí mismo su propia comida. La nobleza estaba en su condición de saber distinguir entre la riqueza y la miseria. La hidalguía de corazón, la fortaleza de espíritu para soportar tanta iniquidad.

“Reconocer esta diferencia permite al hombre tomar acción desde su pensamiento. De acuerdo a su carácter y maduración podrá rescatar las valoraciones que le permitan afrontar su propia supervivencia”.

El recuerdo de esos cuentos y de sus costumbres, custodian con nostalgia esa vida campesina. La fortuna de tener toda la naturaleza ante sus ojos y al alcance de sus manos. Aprender de ella y utilizar su enseñanza a lo largo de su vida a pesar de revelar la absoluta escasez en el bolsillo.

A la orilla de aquel riacho, el poniente avivó tanto esas leñitas hasta que el fuego moderó despacito tanto ímpetu. Los rescoldos permanecieron abandonados. Sin embargo este escrito procura redescubrir aquel rinconcito donde quedarán algunas cataduras cenicientas apretujadas perpetuamente en el infinito paisaje.

¿Por qué sobrevenían estos hechos en aquella época? ¿Por qué un joven fuerte y trabajador de esta Nación, estaba obligado a soportar tantas penurias y necesidades? No habrá terminología ni alegorías que respondan estos interrogantes revestidos de quimeras. No habrá respuestas suficientes ante la multiplicidad de sucesos desdichados que debe enfrentar en la vida cada hombre de trabajo en esta Nación. Donde todavía algunos políticos se regodean de repertorios inútiles y locuciones vacías de contenido. Mostrando dientes afilados de lobos, acariciando y relamiendo sus faltriqueras. Sí, la pequeñez también los acorrala. Pobre gente. *Dar tiempo al tiempo y que puedan disfrutar largamente en la brevedad de su tiempo, su conquista.*

Volviendo a la inquietud, me asalta pensar que estos sucesos sólo acontecen porque estar en esta vida, significa formar parte de una sociedad que está enferma. Desde todos los ángulos nos empuja como aquel río cuya corriente remolcó las calchas de Ceferino y los aperos de su caballo. Afortunadamente por luchar arduo contra aquella encrespada y furiosa corriente bestia y hombrecito resultaron a salvo para siempre.

A la comisaría

Un español amigo de los muchachos trabajadores de La Boca, y dueño de unos almacenes les ofreció a este grupo de hombres todo lo que precisaran para aplacar el hambre y la sed. Les brindó la comida durante esos cuarenta días. En los momentos más espinosos él estuvo, bien le vale a ese hombre honorable esta evocación.

Una navidad, Ceferino estaba guitarreando en su pensión, junto a otros dos compañeros de pieza. La guitarra que tenía en sus manos se embelesaba cuando sus dedos abordaban arpegios armoniosos. Él le cantaba a la mujer, no importaba si era linda o fea, les cantaba a las mujeres, amaba a las mujeres. En su cantar desgranaba una canción en particular: India. *“India, bella mezcla de diosa y pantera, doncella desnuda que habita el guairá. Cintura cimbreante, curva sus caderas, que imita el recodo de azul Paraná”*

Aquella noche dos hombres se llegaron hasta la pensión. Ceferino, se cuadró en la puerta de su habitación. Un par de milicos lo estaban buscando. Él no se amedrentó y preguntó qué pasaba con su persona. No le dieron muchas respuestas, sí le pidieron que los acompañaran hasta la comisaría, pero que llevara sus músicos, sus guitarras, y acordeón.

Los hombres bajaron por las estrechas escalinatas de madera de aquella pensión que quedaba en silencio. Las ventanas se cerraban a su paso. Alguna muchachita que espiaba por la ventana, sintió que un nudo se le hacía en la garganta. En la calle los estallidos de los buscapiés, retumbaban contra las veredas. Las risas se apagaban mientras los músicos y los milicos, caminaban hacia la comisaría. Al llegar, el comisario sonriente les explicó –*Bueno, muchachos, los hice llamar porque esta noche es Navidad. No van a quedar tras las rejas, sino que tienen que cantar y tocar para nosotros y para los presos. No se preocupen, y sin cometer excesos, ahí tienen asado, sidra y pan dulce- Comiencen a tocar algo, para empezar nomás-* Las milongas y chamamés se sucedieron durante varias horas, entre risas y carcajadas. En la madrugada celdas adentro, y afuera, el silencio reinó mostrando el despojo después de una noche sagrada.

Los muchachos caminaron lentamente hasta la pensión. Se adentraron por el patio grande del conventillo. Entre bostezos, la incertidumbre y las habladurías ya habían pasado.

Las arreadas

Merenciano, se había asalariado como tropero. Llevaba grandes tropeles desde una estancia a otra. Los campos de Curuzú Cuatiá, sus lagunas y esteros los conocía como a la palma de sus manos. Pablo y Ceferino, lo acompañaban en estas travesías. Poco a poco se perdían entre aquellos montes, aguadas; y en los grandes surcos que dibujaban los carretones en los callejones. A la par de las empalizadas se detenían a veces para churrasquear algo; cuando tenían. Comían lo propio, nunca de lo ajeno. Esa era la única escuela. No había otra. La pobreza si está bien llevada es buena, a veces. Pero como siempre decía Ceferino, *-yo soy un hombre rico, tengo salud, tengo a mi mujer, mis hijos y a mis nietos. Soy un hombre rico-*.

¡Vamos, arre! - Sonaba las voces del gringo Merenciano y sus hijos en tanto arreaban sus tropeles y carretones. *¡Vamos, adelante!* Resuena en nuestros oídos todavía las palabras que un siete de septiembre de 2005, todavía pronunciara Ceferino. Sonriente como todos los días de su vida, a los noventa años y una semana antes de partir con la última tropilla.

Durante la noche reposaban debajo de algunos paraísos. A veces, llegaban hasta alguna tapera donde el misterio y el mito les devolvieron alguna vez un lamento, un rasguño extraño, una sombra fugaz. Los cuentos de misterio se arrimaban a veces en sus relatos. El lobisón, el bisbiseo que se percibía en las inmediaciones de la “Laguna Iberá”.

Una noche de luna llena marchaban Merenciano, Pablo y Ceferino cabalgando despacio trasladando sus tropeles. De pronto escucharon las carcajadas de una mujer y la vieron que desde un costado del campo, a pocos metros caminaba casi hiriendo las alambradas. Su andar era ligero como la brisa, la podían distinguir contra la luz refulgente de la luna. Su mano apoyada en su cabeza, funestamente reía errando por aquellos ejidos solitarios. La vieron cruzar los cercados. Los caballos perturbados por esta presencia, dejaron escapar sus relinchos. Frenaron su marcha en aquel callejón, en ese momento casi pasaba la mujer por debajo del pescuezo del caballo de Merenciano, sin detenerse. El espantajo se desvaneció entre los cardales y los barrizales. Aquel lamento, llegaría hasta esta historia que hace que ese dolor ajeno, curioso, peregrino, haya transitado tantos años hasta llegar al conocimiento del que escribe y de quien lee. Seguramente no

importará quien haya sido, pero la imagen de esta pobre sufriente quedará impresa eternamente en esas viñas refulgentes.

Aprendiendo a leer

Pablo y Ceferino, están sobre un carro lechero. Desde cada casa salen las señoras con sus cántaros para llenarlos. Los barrizales entorpecen el andar y entre silbidos y pensamientos, van desandando el camino hasta la casa nuevamente. El sol golpea el mediodía, los caranchos cortan el aire buscando alguna presa. No se distingue el tren ni las aguadas. Entre el chocar de los cántaros Ceferino va silbando forjando su esperanza.

-Mirá, chamigo, tenés que enseñarme a leer.- Le dijo con algo de vergüenza a Retamar. Hacía varios días le carcomía este pensamiento. En su cabeza, aquellos garabatos llamados letras le provocaban impaciencia. Una y otra vez repasó en su mente lo que le había ocurrido.

Ahora estaban viviendo en otro sitio. Barrio de Caballito, en la calle Colpayo, casi Avenida Rivadavia. Era el primer día de estar en esa nueva vivienda. Se habían mudado los dos amigos. Ceferino, con un traje de lino, con su presencia varonil y elegante. Su buen parecido y su aire de gringo disimulaban su campo y su falta de conocimientos de las costumbres de ciudad. Llegó hasta la gran avenida y quedó impávido sin saber a dónde dirigirse. Debía llegar hasta la “Avenida Rivadavia”, pero no sabía leer los carteles. Por unos momentos le pareció que se acercaba un hombre mayor, muy bien vestido de mirada seria con un diario debajo del brazo. Ceferino esperó que estuviera cerca, cuando lo tuvo a su alcance le preguntó -Vea señor, busco la “Avenida Rivadavia”- El hombre mayor lo miró aún más serio y le respondió duramente. Sus palabras parecieron cuchillos en los oídos de Ceferino, los colores y los calores subieron hasta sus mejillas. - Pero mi amigo- “dijo el hombre antes de irse rápidamente” - ¿no ve ese cartel, o no sabe usted leer?- Quedó mudo ante esa respuesta. El golpe fue tan duro, tan tajante y profundo. Apretó los puños pero no contra ese hombre, sino por el sufrimiento y dolor de no haber podido ir jamás a la escuela. ¿Qué paso? ¿No tuvo tiempo, dinero, no había lugar para que los niños de los campos de Curuzú Cuatiá accedieran a ella? Aquél hombre más ignorante que este hombre joven, ayudó a Ceferino, sin darse cuenta. Le provocó tal estigma que haría que él no se quedaría sereno. Así fue que le pidió a su amigo que le ayudara a comprender en la lectura. Pasarían luego varias horas releendo diarios durante días enteros. Con los años Ceferino, leería bien. Le agradaba la lectura desde la vida de Perón y Evita, a quienes había votado en muchos años, en todos los años de su vida. A aquella mujer que una vez llegó hasta El Anglo, y que pasó por su lado,

quien le diera la mano en su visita. Le gustaba leer de a poco la “Incurción a los Indios Ranqueles” de Lucio V. Mansilla; y otros libros y diarios. Le agradaba estar informado, no le incomodaba leer en voz alta. Siempre decía -ese hombre me enseñó a leer- no se refería a Retamar, su compañero a quien estimaba en sus recuerdos, sino a aquél viejo más ignorante que él quien sin lugar a dudas habrá sabido leer.



Ceferino Sandoval

De las memorias de mi padre Don Ceferino Sandoval. N26-08-1915//F14-09-2005.

Su última morada es en el cementerio del Distrito de Ranelagh, Partido de Berazategui, Provincia de Buenos Aires. Sus padres están enterrados en el cementerio de Curuzú Cuatiá, provincia de Corrientes.



Merenciano Sandoval (Nuestro Abuelo)
Hijo de Bernarda de Sandoval y Sandoval.
Nacido el 12 de Octubre de 1877

Dedicado a todos sus nietos y bisnietos. Fundamentalmente para que conozcan su procedencia y la lucha de su abuelo para subsistir en este mundo maravilloso.

Esta historia se une a la historia de Catalina Martínez, mi madre. N18-02-1924//F12-11-1993.

Con todo amor y respeto a mis queridos sobrinos directos, y sobrinos nietos y su descendencia.

“La inquietud del hombre estimula el pensamiento. El pensamiento del hombre provoca la palabra. Las palabras enunciadas manifiestan motivaciones y reflejan claramente los matices más puros de la esencia humana.”

Oscar Sandoval Martínez - Escrito entre los años 2008-2009

Confío este texto para su difusión y le agradezco infinitamente por valorar mis escritos al señor Rafael Alonso de Motta (Stillschweigen Ruhe). Con mucho respeto a todo el pueblo de Sandoval de la Reina, Comunidad de Castilla y León, Provincia de Burgos. España. En memoria de mi bisabuelo, mi abuelo y de mi padre.